

CUANDO el general Franco decidió pasar a mejor vida, e incluso en las mismas visperas de que adoptara tal decisión, emergió en nuestro país—junto con la natural eclosión

de los partidos políticos y centrales sindicales— un amplio movimiento social gestado a lo largo de los últimos años del «ancien régime» y que no era un organismo político ni un colectivo sindical: la «progresía». Desde el sincorbatismo en la vestimenta a la barba en el rostro, pasando por un lenguaje innovador y unas costumbres renovadoras, los «progres» constituían el principal grupo de opinión en el conjunto de lo que se denominaba y se sigue denominando, no se sabe muy bien por qué en España, como fuerzas democráticas; tanta era su vitalidad y empuje que el escenario político aparecía girando en torno a la dialéctica «progre-carca» en lugar de la dicotomía derecha-izquierda. Lo «progre», un concepto un tanto ambiguo y confuso como luego veremos, ejercía su hegemonía en la política, Prensa, mundo intelectual sin que ninguna otra corriente de opinión, de derecha o de izquierda, estuviese en condiciones, claro está que por razones opuestas, de presentarle batalla con un mínimo de posibilidades.

Cinco años más tarde, todo este universo de la «progresía» empieza a adquirir corbatas de Celine y a desempolvar la Guillette de turno al ver cómo van cayendo las barbas del vecino; de la exaltación de la democracia comienzan a pasar al cinismo más o menos intelectualizado, y la renovación costumbrista ni siquiera pasa por el uso de la ley de divorcio de uno de sus ídolos de antaño: Francisco Fernández Ordóñez. El optimismo y seguridad de ayer es hoy un crujir de dientes, un sinfín de llantos y un coro de lamentaciones: la zozobra se ha apoderado de la «progresía» y los «progres» hablan con un permanente acento jeremiaco sobre el futuro del sistema y del país. Visión jeremiaca que coincide con el hundimiento de las parcelas de poder o de las perspectivas ilusorias con las que se movían; nos hundimos, parecen decir, luego se hunde todo. La pérdida de estas posiciones en todos los terrenos mencionados anteriormente provoca en su seno un nerviosismo demagógico que se derrama sobre todo el escenario político y social.

La aventura no ha durado más de

un quinquenio: la realidad, a la que descalifican como carca, se los ha comido por entero, y de la «progresía» no queda ya ni siquiera el esqueleto; todo lo más unos cuantos aprovechados que se arrojan sobre los desperdicios para ver cómo pueden negociar aún con ellos. La derrota de todo este vasto movimiento social, basado a la vez en el chalanearo político, conchabero ideológico y tráfico de favores, que naciera en los últimos años del franquismo—en el que unos buscaban lavar su pasado azul y otros vendían protección democrática— es uno de los principales datos políticos, ideológicos y culturales que proporcionan los cinco primeros años del último experimento democrático. A pesar de que todavía la minoría inasequible al desaliento «progre» especula con una visión idílica de las próximas elecciones legislativas, nadie en su sano juicio intelectual puede tener dudas de la agonía de esta poderosa corriente de opinión.

puesta en cuestión por las excepciones de la burguesía alta, asimismo, jóvenes profesionales con mala conciencia por haber nacido donde nacieron, y de las clases populares, igualmente sectores juveniles ansiosos de rellenar un vacío ideológico.

De todo este entramado social específico y coyuntural sale un enfoque Far West de la realidad global de nuestro país: los «malos» franquistas y los «buenos» demócratas, o, lo que es lo mismo, la maldad «carca» y la bondad «progre»; en ese contexto la dictadura no es el resultado de un momento determinado de una lucha social, sino algo extraño a la naturaleza del proceso histórico. De ahí que, en una primera fase, esperaran que la dictadura sería envuelta por un amplio movimiento popular, dado que carecía de base social; aunque, posteriormente, en honor a la verdad histórica hay que reconocer que supieron dividir a los malos en diversas graduaciones: malos buenos, malos

EL DESEO DE LOS "PROGRES" Y LA REALIDAD DE LA "PROGRESIA"

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

Señas de identidad diluidas

Al margen de los aciertos y errores de esta tendencia social, su descomposición es normal y natural desde que empezaran a diluirse las señas de identidad que presidieron su nacimiento: la desaparición de la dictadura les priva de su principal y única referencia ideológica, la crisis económico-social difumina el pasado optimismo de las clases medias generado en un momento de expansión y crecimiento, y la progresión geométrica del paro anula el horizonte laboral despejado e ilimitado del que gozaban los profesionales. En efecto, los «progres» nacen al final de un régimen autoritario, agotado biológica y políticamente, desde un sector social determinado, el de las capas medias, y desde el ámbito de los profesionales liberales; regla sociológica que no es

menos malos, malos recuperables, malos irrecuperables y malos al cubo. Pero en esta rectificación, que es la que permite el triunfo de la salida de la reforma, no entra una división análoga de los autodenominados buenos; sólo se amplía el número de buenos y continúa eludiéndose que no todos los buenos tenían los mismos intereses y que representaban planos sociales contrapuestos y, a veces, antagónicos.

De este modo, el movimiento de la «progresía» se configura desde sus inicios como un amplio movimiento nacional que va de una parte de Unión de Centro Democrático al anarquismo intelectual pasando por las múltiples variantes socialistas y los mil y un rostros del comunismo; claro está que no todos los centristas, socialistas y comunistas son partícipes de este concepto—a pesar de que en unos u otros periodos estos



partidos sufren la influencia de este movimiento— pero sí que casi todos los «progres» figuran en una de estas tres siglas. Es decir, a partir de una realidad objetiva, la necesaria unidad de todo el abanico de grupos democráticos, se extrapola una interpretación de la democracia que tiende a borrar todas las diferenciaciones políticas e ideológicas de la sociedad española en función de una artificial tesis «carca» y una antítesis «progre».

La ideología de la no ideología

En consecuencia con este planteamiento ideológico, que consiste en carecer de proyecto ideológico o de elevar una simple táctica política anti-franquista a una categoría ideológica y en la simultánea ausencia de un programa al hacer igualmente de la táctica la estrategia, los elementos más «progres» de cada uno de estos tres partidos son los más acérrimos partidarios de no clarificar ideológicamente el partido gubernamental y de desclarificar ideológicamente a los dos partidos de la izquierda; al margen de lo acertado y correcto de las pugnas sobre las etiquetas que han existido y existen en estos colectivos, tema que no es objeto de este comentario, lo

cierto es que entre quienes defienden la superación de viejas definiciones ideológicas se encuentran los exponentes más caracterizados de la «progresía» en cada uno de los tres partidos.

A pesar de que la ideología «progre» empieza y acaba en la indefinición del concepto mismo, o precisamente por ello, este movimiento social ejerce en este quinquenio una influencia considerable tanto en una parte considerable de la derecha como de la izquierda; durante cinco años las fronteras de cada una de estas organizaciones se difumina de tal modo que la realidad oficial está dominada por el eje carca-progre y la realidad real por la pugna inalterable y permanente de las clases sociales. El divorcio consecuente entre la sociedad y las formas e instituciones políticas es tal que los partidarios de la dictadura levantan cabeza e interrumpen en una tarde de invierno los sueños de una noche de verano de la «progresía»: el montaje «progre» termina con la imagen nada tranquilizadora y progresista de un tricordio, pistola en mano, secuestrando a los padres de la Patria.

Esperpento político que es posible a través de la instrumentalización de las pugnas internas del progresismo; la vaciedad ideológica de este movi-

miento rápidamente es rellena, sobre todo desde las parcelas de poder en el Gobierno o en la oposición, por una concepción autoprogresista: el progreso bien entendido comienza por uno mismo y las luchas por ocupar todos los cargos políticos, desde los más altos a los más bajos, desde los institucionales a los partidarios, centran la atención de las últimas etapas de este movimiento social. Presidencias del Gobierno, secretarías generales de partido, escaños de diputados, presidencias de Diputación, concejalías y alcaldías, son objeto de un duro combate en el que son utilizados todos los medios y armas posibles: desde las mociones de censura a las conspiraciones y desde las calumnias a la corrupción, etc. Al final, mucho antes de que Antonio Tejero entrara en el Congreso de los Diputados, la ausencia ideológica de la «progresía» había sido rellena con la ideología del poder.

Un balance sin progreso

El balance no puede ser menos progresista y democrático; el reinado de estos «progres» es uno de los factores que han impedido que los partidos políticos se hayan consolidado: líderes de derecha jugando a izquierdas y dirigentes de izquierda representando papeles de derecha, Unión de Centro Democrático convertida en un gallinero, el Partido Socialista Obrero Español en una empresa de aspirante a futuros cargos públicos y el Partido Comunista en un fantasma de castillo inglés para turistas de los Mundiales de Fútbol. La falta de rigor, la ausencia de análisis, que presiden lo que hoy sucede no es de ahora; los espejismos de ayer entroncan en línea directa con el caos político en el que se encuentra el sistema democrático. En ese sentido, el progre ha obstaculizado tanto que la derecha sea derecha como que la izquierda sea izquierda; en definitiva, ha impedido la consolidación de la democracia. Y es que la sociedad española, como cualquier otra europea, está compuesta de clases sociales que necesitan de una representación política adecuada; de lo contrario, nadie podrá apostar nada por el régimen de libertades públicas. Última precisión que nos lleva a la conclusión de que mientras no se encierre bajo siete llaves el concepto «progre», restableciendo en la teoría y en la práctica la tradicional terminología de derecha y de izquierda, la democracia no estará consolidada. ■